VICENTE MEDINA: SU ENTORNO Y LA ACTITUD EXISTENCIAL EN SU VIDA Y EN SU OBRA

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ

Entorno literario

El regionalismo manifiesto en la literatura española de finales del siglo pasado y comienzos del presente, matiza en parte la producción literaria de unos hombres sencillos, de rasgos ingenuos a veces, pero sobre todo apegados a su terruño. Prescindiendo de las notas de un color más o menos localista que encontramos en Fernán Caballero, Pardo Bazán, Pereda, Blasco Ibáñez o en escritores que entran en el 98, el renacimiento regional, no ya en la temática sino también en el lenguaje, produce una espléndida floración de escritores y obras. Las notas de realismo campestre y regional dentro de autores del siglo XX, son claras muestras de un género que se relaciona con las generaciones anteriores. Y en efecto, en esta poesía sencilla encontramos, junto a notas de un exagerado realismo formas de un nuevo movimiento –modernismo– y un ligero contacto con la generación del 98. En este momento crucial aparece por tierras salmantinas el inspirado cantor de los campos

de Extremadura y Castilla –Gabriel y Galán–, y en Murcia la figura de Vicente Medina.

En el año 1906 se organiza en Valencia una fiesta lírica para conmemorar el XXV aniversario de la fundación de la Sociedad Lo Rat Penat. Debió tener esta bella fiesta un marcado carácter exaltativo de la poesía regional, pues allí estuvieron representadas todas las regiones por inspirados poetas: Cataluña por Angel Guimerá; Mallorca por Costa y Llovera; Aragón por Marcos Zapata; Valencia por Teodoro Llorente; Murcia por Vicente Medina; Castilla por Echegaray y la Provenza por Federico Mistral. Los nombres citados son un exponente del desarrollo de la literatura regional, y Vicente Medina ocupa un lugar preeminente en ella.

Situación generacional

La vida agitada, inquieta y atormentada de nuestro poeta merece una cierta consideración, porque su obra, en parte, es un vivo reflejo de aquella. Nace en la villa de Archena un 27 de octubre de 1866. Pero veamos no sólo al hombre, sino también su circunstancia, que diría Ortega. Este mismo año ven por primera vez la luz Valle-Inclán, el de la prosa modernista de la *Sonatas*; Benavente, el dramaturgo de la primera mitad del XX; Arniches, el alicantino de un teatro característico del momento, de fácil veta costumbrista y social. Si nos fijamos en la fecha de nacimiento de Medina –1866–, vemos, que siguiendo una técnica generacional en cuanto al factor cronológico, tendría cabida entre los del 98. Ganivet nace en 1865; Unamuno en 1864; Azorín en 1873; Ba-

roja en 1873; Maeztu en 1874 y Machado en 1875. Es curioso, porque si Medina no tiene contacto literario directo con este grupo generacional sino en contadas ocasiones, fue su obra, por otra parte, muy estimada por los 98, y acaso podríamos pensar que dadas las inquietudes del poeta murciano, de no haberse dedicado a la poesía regional, o quizá si cuando llegó a Madrid por primera vez hubiera tenido un mayor contacto con los del 98, hubiera sido uno de sus representantes. Pero en Medina, aunque se den las inquietudes de tipo universal, era tanto lo que en él pesaba ese declarado amor a su tierra y sus hombres, que difícilmente hubiera podido abandonar esa veta poética, producto de su afinada inspiración. Andariego como tantos de la generación del 98, pero con metas más amplias en la geografía, acaso impuestas por los avatares de su existencia, no pudo afianzarse a la meditación de los problemas de la literatura del momento, para la que por otra parte tampoco tenía la suficiente preparación. La cultura que poseía corresponde a la de un autodidacta, pero mantenida siempre por esa sed de saber que le embarga desde los primeros años de su vida.

La literatura en Murcia en la época de Medina

Murcia en esta última parte del siglo que vio nacer a Vicente Medina goza de una extraordinaria y fecunda promoción de escritores y artistas, que abocan al siglo actual la tradición siempre mantenida del cultivo de las Bellas Artes. A los veinte y tantos años se ha malogrado un poeta de Cartagena, promesa esperanzadora de la lírica nacional: Martínez

Monroy; Selgas, de una generación anterior, gusta el sabor de sus triunfos cantando las estaciones del año; Federico Balart, el poeta de Pliego, ensaya sus crónicas y críticas en los periódicos de la corte, y ya maduro, casi al tiempo que Medina, publica *Dolores*, un sentido libro que le vale la consagración como poeta y la fe que antes había perdido; Ricardo Gil, sin duda el mejor poeta de la Murcia del XIX, aunque nacido en Madrid, compone sus sonoros y premodernistas versos que carga de un sentimentalismo característico; Arnao anda por Madrid con sus cargos y sus libros; Jara Carrillo escribe buenos versos y novelas en donde estampa escenas a veces trágicas de la vida de los huertanos, algo que también Medina lleva a sus versos. Sánchez Madrigal, Tolosa, Cano, Frutos Baeza y otros poetas continúan la tradición regionalista, cada uno dentro de su peculiar obra, en la que jamás está ausente el tema de la ciudad y su huerta. Todos ellos enlazan con la rica generación de poetas y escritores murcianos del siglo XX que se mantiene hasta nuestros días. Por otra parte, Díaz Cassou, Pío Tejera, el maestro Baquero, Ibáñez, Nicolás Ortega y otros, se encargan de componer la historia local, tan rica desde distintos puntos de vista.

Las Bellas Artes

Las Bellas Artes tienen en la ciudad del Segura una magnífica representación, en cantidad y calidad, en los últimos años del XIX. La cita de nombres sería interminable. Baste indicar, por emparentar con el tema que nos ocupa, la figura del pintor José M.ª

Sobejano, costumbrista que plasma en sus lienzos escenas de la vida huertana. Más relación con Vicente Medina tiene el pintor, también de Archena, Inocencio Medina Vera, primo de aquel e hijo del maestro don Miguel Medina. Inocencio, aparte de las muestras de pintura decorativa que deja en el Teatro Romea, cultiva el género costumbrista captando perfectamente el alma huertana en sus cuadros *Un bautizo en la Huerta Murciana* o en *La Fuensantica.* Sánchez Picazo, por estos años, pinta las olorosas y fragantes flores de la Huerta de Murcia. Por todas partes se cantan parrandas, y el folklore renace en canciones, juegos dramatizados, soflamas, usando la típica lengua de los huertanos, que nadie como Vicente Medina ha llevado en su obra por todo el mundo. Se representa mucho el teatro de la Restauración, después a Echegaray, tan ligado a Murcia; está de moda la poesía de abanico y se canta la zarzuela de ambiente costumbrista. A Fernández Caballero se le aplaude constantemente. El amor y el dolor, algo que persiste de la época romántica, siguen siendo los temas preferidos de los escritores y artistas, y Murcia no se excluye de esta tónica general.

La vida de un muchacho con ansias de saber

El marco geográfico de la vida de Vicente Medina es amplio. En primer lugar Archena, estrecho límite para las inquietudes de un avispado muchacho que a los trece años sus ansias de lecturas le ponen en contacto con Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Campoamor, Núñez de Arce, Alarcón, Valera y Trueba. También lee a los extranjeros Balzac, Lamartín, Víc-

tor Hugo, Zola, Dickens y Julio Verne. En definitiva, era la literatura que entonces se leía. En Madrid, a donde le envía el padre con grandes pretensiones, conoce una vez más lo que es la vida, en cuanto a estrecheces y sinsabores. Sólo una idea le alienta: «Quiero ser artista», cuando en realidad es aprendiz de comerciante. De nuevo Archena, y esta vez con un amor, y unos versos de chaval de diecisiete años, infantiles, incorrectos, pero llenos de sentimiento, espontáneos, sencillos. Anécdotas de su vida de pueblo probando fortuna; pero ahora las cosas cambian. Sienta plaza como buen español y a Filipinas. Allí empieza la añoranza y la nostalgia de su patria chica, que jamás se separará del poeta. En este tiempo no deja de componer versos, ensayando estrofas y metros, aunque sin gran éxito.

Cartagena, en donde tiene un cargo administrativo decide su suerte de poeta. En esta ciudad conoce a García Vaso, crítico de literatura y abogado, quién desde este momento se encarga de Vicente Medina. El poeta lo dice en una ocasión: «A partir de mi conocimiento con García Vaso, me dejé arrebatar por mi pasión literaria, que era más grande cada día y escribía mucho, sin ton ni son». Empieza su afición por los cantares que después pasarían a su obra como ingrediente general. Esto y su entusiasmo por Trueba le llevan a la poesía popular; y su cariño a Murcia, a su Huerta y a sus gentes, a la poesía regional, de la que es un extraordinario representante. Escribe versos, dramas de ambiente murciano y social, termina sus *Aires Murcianos*, que publica en 1899; su *Alma del pueblo*, 1900 y la *Canción de la Huerta* en 1905. Al mismo tiempo estrena *El Rento* en Cartagena con aceptable éxito. Se ha consagrado un poeta,

quedando definido su carácter literario, según él mismo nos dice: «Géneros: la poesía y a la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus tristezas, sus dolores. Tendencias: radicales. En mi labor dos literaturas al parecer: regional y general; a mi entender una sola: la popular.»

El poeta

Ha nacido un poeta y ha conquistado la fama como pocos. Hablan de él el gran Unamuno, quién admira más el lenguaje de nuestro poeta que el dialecto empleado por Gabriel y Galán; lo descubre el novelista y crítico Clarín, el que no dejaba a nadie tranquilo con sus incisivas críticas; se ocupan de Medina nada menos que Pereda, Valera, Bonafeux, Maragall, Corominas, Azorín, González Blanco y Fit-Maurice Kelly. Nada más ni nada menos que la crítica oficial de la España del momento, de los intransigentes, de los que representan la nueva estética, la de los irritantes en casi todas las ocasiones.

Pero, ¿cómo es Medina poeta? Medina es ante todo un poeta sentido, inspirado, sencillo, popular. Es el artífice fino y delicado que ha cantado la Huerta y a Murcia, porque las ha sentido de verdad, las ha llevado en un corazón. De la Huerta Medina ha extraído su temática, rica y compleja. Jamás resaltará el paisaje, sino como motivo de desolación para proyectar la vida de los personajes, como los del 98. Parece como si le interesara la vida con todas las amarguras que ésta lleva consigo, y como sujeto de esta vida el hombre, con sus reacciones, sus pesares, sus estados al enfrentarse con ella. Unamuno afirma-

ba con la tajante precisión de sus conceptos, que la actitud de Vicente Medina era más que para la poesía lírica, para el idilio, en el sentido griego, para el cuadro sobrio y sincero de algún suceso popular, para lo que hoy llamaríamos cuadro de género o de costumbres. Y agregamos nosotros: si los poemas de Medina pudieran plasmarse en lienzos sobre un fondo verde-azulado, sólo se verían figuras humanas, unas veces candentes por la pasión que las azota, tiernas y conmovedoras otras, y siempre melancólicas y abstraídas por sus propios impulsos en una huerta soleada, azotada por la sequía, cubierta de flores y naranjos, con los penetrantes perfumes de su vegetación, donde al artista va a sorprender las imágenes calientes en el alma misma del pueblo. Amor y pena, conceptos que ha analizado sagazmente Luis Valenciano en un ensayo sobre Medina y Balart. En definitiva, el contraste peculiar de su obra y de su vida misma.

Constantes de su temática: La Huerta

La *Canción de la Huerta*, conjunto de poemas llenos de vida, colorido y costumbrismo murciano, que se da sobre todo en su primera época, muestra mejor que ninguna otra obra ese carácter costumbrista y popular, esa afición de recoger todo lo característico y típico que podemos considerar desde ahora como constante de su poesía: «Al alborear el día –dice Medina– he partido a ver mi amor. Me ha recibido, sonriente, soberbio de hermosura, con sus galas primaverales».

La pasión que el poeta siente hacia esa huerta tan amada sólo es comparable a la característica pasional de sus personajes. En boca de un mozo pone este cantar:

> Cuando mi horica me llegue
> quiero morirme en mi tierra
> y verla al cerrar mis ojos
> y tener mi hoyico en ella.

Aún es más profunda la sensación de alegría cuando el poeta se expresa en términos que justificarán después su nostalgia: «Vivir lejos de aquí ¡No me apañaría! Me entraría murria y me moriría de tristeza». Y *Murria* es el título de una de sus poesías más significativas en este aspecto. Después ha señalado dirigiéndose al huerto: «¡Este es mi mundo!» Pero yo diría que este no es su mundo. Para unos límites estrechos que se quiere imponer, hay otros más amplios con los que le premia la adversidad, en constante batallar con su existencia. Es poco el espacio vital de una ciudad levantina para su gloria. Dice en una ocasión: «Yo soy en mi cariño por la huerta como quien está locamente prendado de su amada y os habla de ella con pasión a todas horas y os muestra su retrato delicadamente, como una reliquia. Porque la adoro os hablo a todas horas de la huerta, de mi amada, con sus ímpetus pasionales, con sus ternuras, con sus melancolías y os cuento las cosas, con la ilusión que ella me las cuenta, imitando su habla dulce. Porque la admiro os muestro sus retratos que enajenado tomé yo mismo de su belleza, y de los cuales jamás ninguno me pudo dar toda la verdad, la adorable visión de todo su encanto». Y después de

una prolongada ausencia dice: «Proscrito de la huerta, en lucha por la vida, vuelvo a la tierra que me vio nacer, ávido de contemplar sus paisajes alegres, sus barracas ocultas en el follaje como nidos de ruiseñores, sus ancianos típicos a la sombra del parral, sus mozos rondantes y sus mozas candorosas y rientes. Vuelvo ansioso de embriagarme en los tonos vivos de las vistosas mantas y los multicolores refajos huertanos.»

El huertano: Sus costumbres, sus problemas

En este afán, y como artífice de lo popular, ha sacado a escena a aquellos tercos huertanos de fin de siglo, seres que no saben nada y saben mucho, aquellas huertanas de refajos chillones, vestidas con el armaor, con su habla típica, con sus diminutivos graciosos y chocantes, con sus coplas y decires, con sus refranes. ¿Qué vemos al correr el telón de su poesía, sino escenas que aún hoy presenciamos, perfumadas con el olorcico suave de rosas, claveles y alábegas? Otras veces es la moza que con el cántaro a la cabeza va por agua a la acequia mientras relata el coloquio amoroso con el zagal de recio cuerpo, de cara morena, con sus zaragüeles, chaleco y montera; o el estado de reacción de una madre ante las travesuras de su hijo, para esta misma madre cambiar ante la impresión de un esguince producido por las locuras del chaval. El crudo clima de una mañana escarchada de invierno, tan típica de la huerta, lo describe de una manera muy bella:

La escarcha cuajaica
paece harina en la tierra
y de cristal y plata
los tallos tiernecitos de la yerba.

Junto a la pasión de dos amantes que la resisten, por el deseo de quererse. En esta pintura de coloquios amorosos alcanza en ocasiones una pasmosa intensidad de sentido trágico, cuando presenta al mozo herido por el dolor de verse suplantado:

Si es que Dios no lo ha dispuesto
lo ha dispuesto mi querer
o ha de ser pa mi solico
o para nadie ties que ser.

La nota lúgubre a que llegan hazañas rufianescas de galanes, otras veces la tristeza y desesperación de una madre que pierde a su hijo, momentos en que el poeta echa mano de motivos legendarios y hasta superticiosos: «Si por tres noches aullan, pa el nenico no hay remedio».

Lo que hemos visto hasta ahora nos presenta a un Medina popular y huertano, cuyas composiciones como él mismo afirma, están tomadas de la realidad, de él y de otros, vividas y sentidas. Y sin embargo, en esta poesía de tan genuino sentimiento popular, hay evocaciones felices y literarias:

Te escrito y asina, nenica, me pienso
que te hablo lo mismo que enantes te hablaba,
sentaicos los dos en el poyo. ¡Cuánto tiempo que hace!
tu madre cosía... los nenes jugaban.

Sentido existencial de la poesía: La soledad y la ausencia

De la mano de la sencillez temática y expresiva de la poesía de Medina, pasamos al tema de la soledad, del abandono del ser, de aquel ser que nadie ama, que todos lo rechazan con horror, con asco y con lástima:

¡Y ninguna ha querido mirarme!
No es ella solica la que no me quiere:
Ni ella, ni nenguna... ¡no me quiere nadie!

Amargura total que produce la soledad:

Es una amargura desconsolaica
que llevo en la sombra, que llevo en el aire.

En el mismo sentido, aunque más intensa, está la poesía *DESECHICA,* poema en versos torturados, llenos de emociones, de sueños, de idéntico asunto a otra de Campoamor.

Otras veces desciende más, y no es un estado sicológico lo que retrata, ni un simple esbozo, apunte o boceto de la vida de los huertanos, sino que se hace más universal, y en este aspecto la obra de Medina traspasa el marco de lo regional para hacerse partícipe de un dolor universal. Ya lo decía Ventura Travaset: «el punto de vista más simpático de su labor: la de haber recogido en sus cuadros el llanto de las mujeres infelices que perdieron a sus hijos en las ingratas luchas coloniales, dejándonos como los líricos de nuestra guerra de la Independencia, el retrato más notable, la semblanza más vigorosa de la madre del soldado expatriado en estos últimos años

y la fisonomía más real de nuestro bisoño que muere o padece en un hospital de sangre en tierras que nos eran enemigas». ¡Qué diferencia del Medina de las mujeres alegres, de las mocicas que hablan con su galán, aunque a media noche las vigile el aullido de los perros! Aquí vemos a un Medina que llora al presenciar escenas tan humanas, de clara semejanza con su *Cansera*:

De las cosas que esjarran el pecho
te digo que una es pasar por la huerta;
¡ni siquiá un mocico!
¡toiquios pa la guerra!
¡las casas solicas! ¡los padres llorando!
¡¡se siente una pena!!

O el dolor de las madres, de esa cariñosa madre española, madre huertana que todos hemos conocido o por fortuna conocemos:

Largos como siglos, pa mi son los días
las noches eternas... ni como, ni duermo...
de pensar se me erriten los sesos!–

En el mismo sentido cabe anotar el cuadro huertano lleno de humanidad, de finura y de un claro realismo que nos hace recordar la tragedia de un ser querido, en este caso el maestro:

No mandes a los nenes a la escuela
porque no la han abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraica pa tiempo...
Ha caido en la cama
muy malico el maestro,
y es cosa de temer, por las señales,

que ya no se levante el pobre viejo...
Una jaula vacía
paece la escuela con aquel silencio,
y por fuera corriendo los zagales,
una bandá de pajaricos sueltos...

Ya doblan las campanas...
ya arremató el maestro...
mucha pena me da, porque era un hombre
de los pocos que hay buenos...
mucha pena me da por los zagales...
¡No paro de pensar que va a ser de ellos!

Traigo en el corazón una tristeza!...
De allá abajico vengo:
la escuela, como enantes, cerraica
y con aquel silencio...
chillando alreorcico los zagales
y a sus anchas corriendo...
¡la jaulica vacía
y la bandá de pajaricos sueltos!

Frente a este sentido de trágica existencia, las más delicadas y emocionantes situaciones de la madre tranquila y hogareña, que contempla a sus hijos. Escenas de hogar, donde los tipos aparecen regocijándose al mágico decir de una historieta contada, de una gracia del pequeñín, o el profundo y humano sentir del viejo abuelo que contempla las ovejitas de papel que construyen sus nietos para el belén de Nochebuena. Hogares tranquilos, limpios, de vida sencilla y ordenada, como se deja ver en la composición titulada *Para mi nido.*

El dolor de la vida: ¿Serenidad cristiana?

No falta, y es muy natural, en Medina notas de melancolía que se resuelven muchas veces en fuerte añoranza. Son características propias de las manifestaciones artísticas de esta región, que desde Salzillo, pasando por Federico Balart, encontramos repetidas en otros poetas, en este caso concreto en Medina. La vida agitada, llena de desengaños, de ideales frustrados, tristezas y pesares, la proyecta Medina en sus hombres, en sus acciones y en los medios en que se desenvuelven. Si su poesía es muy íntima, y a veces saca notas autobiográficas que plasma en el lenguaje de los huertanos, no es extraño que empape su producción con ese matiz triste que le agobia. El poeta canta lo popular porque lo siente, y lo siente porque lo vive: el contagio no es extraño, y surge entonces el cantor de tintes melancólicos en medio de un piélago de lágrimas, hasta cuando trata los ideales de la humanidad. La sensual tragedia de la muerte, con significación distinta a Balart, aparece en casi todo el libro *Aires Murcianos*. Las imágenes sentimentales, pero privadas de lúgubres visiones, tienen un cierto sabor de romanticismo popular, representando por la madre que llora a un angelico, el viejo que perdió su hijo en la guerra, el amante despreciado. También este sentimiento campea en la *Canción de la Vida*, en donde afirma:

> ¡Ay, alma mía! Hay solo una canción
> la canción del dolor!

O en otra ocasión:

Yo soy aquel que ríe para matar la vida
la queja dolorida que del cansado pecho
que sufre consumido por el amor humano
se exhala pertinaz.
Yo soy aquel que entona canciones de esperanza
canciones saludables de puros alborozos
¡pero que lleva dentro del alma
que las nutre, la más triste canción!

Otro aspecto también interesante, por su carácter íntimo, subjetivo, autobiográfico, corresponde a sus poesías *Rebeldes* y *Mis amores*. Versos, que como él mismo dice, son hijos de mi rebeldía, preñada de un amor infinito a la verdad, a la justicia y a los débiles. Esta poesía, de connotaciones sociales, proyectada sobre un mundo real, tenía como exponente las avanzadas tendencias de su ideología política. El poeta sereno se ha convertido en el dinámico cantor de esas gentes que claman por una mayor justicia. El agitado período político que coincide con su larga vida deja huellas en su producción. Contrasta esta etapa con el amor que sintió a Cristo Crucificado, muerto por nuestro amor. He aquí un fragmento del delicado poema:

Ved en la Cruz el mártir de su amor infinito
¡es el Dios del perdón! Sangra la augusta corona
del dolor sobre su frente
y eternamente abiertos,
tiende a los hombres sus amados brazos.
.....
Amémonos en él y redentora
su dulce ley de amor haga la vida
reino de Dios, de paz y de ventura
¡Amémonos en él, hombres, hermanos!

Salvando las distancias ¿no es también el Unamuno de la duda, el Unamuno sin fe o con fe indecisa, inquietante y paradógico batallador, el autor inspirado y casi místico del Cristo de Velázquez?

El poeta emigrante

Hasta aquí la vida intranquilla y llena de inquietudes del poeta ha tenido como escenario la ciudad de Cartagena. En una carta fechada en esta ciudad el 7 de agosto de 1907 dice: «Abrigo la idea de trasladarme a América del Sur, sí encontrara allá un destino. Hace poco marcharon allá tres hermanos míos y mi madre. Parece que ha emigrado la mitad de la patria. Y siento ansias de irme detrás, de renovar mi vida, hoy que todavía me quedan arrestos, de ver si me emancipo algún día, ya que aquí, en la adorada y cantada tierra, no lo consigo». Y en efecto, el Medina desengañado, que un día añorara su tierra en plenos años mozos, se convierte en emigrante. Con sus hijos de la mano, y con el alma repleta de angustias, embarcó, como tantas veces había visto desde el puerto hacer a esas multitudes, cuya tragedia cantó en la *Canción de la Huerta*. Y no acertó a emplear otro remedio que aquel que sus mismos huertanos buscaban con desesperación: la emigración. Establecido en Rosario de Santa Fe, buscó, y al parecer encontró, el desahogo que aquí persiguió toda su vida. Extraña paradoja en la vida de este hombre. Dedicado a la enseñanza, siguió el inspirado poeta murciano produciendo versos, incluso con hábil maestría, aires criollos. En este sentido sigue la ternura, el exquisito sentimiento y la fiel imitación de la musa po-

pular que siempre le acompañó en su camino literario. Dirigió la revista *Letras*, adquiriendo contacto con escuelas literarias, en boga, sobre todo de corte modernista, modalidad, que aunque negada por algunos, notamos en el poeta de Archena. Pero el recuerdo de su tierra, de su Murcia y de su huerta sigue siendo intenso. Igual que cuando estaba en Filipinas de soldado siente el sentimiento de profunda nostalgia. Justamente cuando lleva veinte años fuera de su patria exclama: «Tengo ahora mas pura y poética la visión de mi terruño, y ahora es cuando quisiera yo esta allí» La producción de América es abundante; no sólo reedita sus obras, sino publica sus *Aires Argentinos*, en lenguaje popular y captando el alma del pueblo argentino.

El acabar de una vida: Cansera

En el año 1937 muere Medina en Argentina. Antes había estado varias veces en Murcia. Acaso de su largo peregrinar por el mundo y por su extensa vida, paseando su luenga barba, la de los bohemios de la literatura –Valle Inclán, Benavente...., no le quedáse en sus últimos años, de tantos y tantos acontecimientos en la vida española, sino ese espíritu que tan magistralmente ha descrito en *Cansera*, la poesía de un momento histórico, en la que el alma sólo desea el ansiado descanso de los justos en los momentos en que la vida se extingue para dar paso a otra mejor, si bien hemos usado de ésta, como dijo el poeta medieval. Vicente Medina había escrito:

–Anda tú, si quieres,
que a mí no me quea
ni un soplo de aliento,
ni una onza de juerza,
ni ganas de verme...

.....

No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
la ver si es pa siempre! ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera !